

El abjuramento de Hipócrates. Ficción bioética¹

Pablo Argibay

Podrán creerme o no, y la verdad..., poco me importa lo que piensen. Hace tiempo que creo que la verdad es un asunto privado. Que aluciné, dirán algunos, y en definitiva: ¿qué es la alucinación si no la continuación de la percepción hacia otros mundos, otras dimensiones y hasta quizás una guarida del yo frente a los continuos actos de depredación? En fin..., yo estoy seguro de lo que he presenciado y más allá de ello no pienso argumentar.

Caminaba por la calle Vicente López en Recoleta hacia lo de Ana, mi analista. Recorrido semanal, trágico si se quiere, ya que el mismo camino..., la misma sórdida sensación de aplastamiento entre dos mundos, dos muros. El gran paredón del cementerio; ¿para qué tan alto? ¿Quién va a querer entrar? Alguien un día me dijo: Es alto para que no salgan los de adentro. Quién sabe, tal vez tenía razón. El otro muro..., el del Village. No un muro de ladrillos sino un muro cultural. Igual que el otro, pensé. Para que nadie salga... En la inmensa galería, la librería estaba llena como siempre. Mi amigo Charlie había llegado a la estadística conclusión de que había una correlación directa y positiva entre la cantidad de libros que se vendían en Buenos Aires y lo bruta que la gente era: “comprar (si no leer) libros sería una causa de brutalidad o viceversa”. Los cines a esa hora de la tarde no parecían muy llenos y los cafés y heladerías con las parejas habituales, hombres solos y gente vieja..., ya se sabe que Recoleta les encanta a los viejos; en La Biela creo que a veces he confundido a algún anciano con la estatua casi caricaturesca de Borges. ¡Recoleta!, decía Charlie con animación: “del vivarium al coementerium..., solo con cruzar la calle”.

Ya me acercaba a lo de la analista, estaba casi en la esquina, pegado al inmenso paredón, cuando escuché los gritos del otro lado del muro. Miré primero, más por lógica que por oreja, hacia mis pasos pisados; es decir hacia atrás, hacia el Village y los negocios. Entonces me di cuenta de

que no había nadie en la calle. Parecía más un 1° de mayo a las 5 de la mañana que un jueves 3 de junio a las 5 de la tarde. Solo basura, perros y ruido..., mucho ruido, ruido de muchedumbre antigua. Ya se sabe que muchedumbres eran las de antes, las de hoy son solo multitudes. No había llegado a la esquina cuando un orificio del tamaño de una puerta se abrió en la pared del muro del cementerio. Si no fuera porque estaba sobrio hubiera dicho que estaba borracho, simple principio lógico de no contradicción.

Ya que estamos, al analista voy por una incontrolable y compulsiva tendencia a decir lo que pienso en cualquier lugar y situación, solo por eso, no por haber tenido alucinaciones; quiero decir: esto no es una alucinación. Idiota..., pienso, si tuviera alucinaciones, ¿cómo sabría que lo son? Pero bueno, la puerta se abrió y no es cuestión de quedarse afuera cuando a uno lo invitan los de adentro. Charlie dice siempre que para Freud la muerte no existe en el inconsciente. Será por eso entonces que, para aquellos de nosotros en los que el susodicho inconsciente predomina, la muerte tiene la extraña fascinación de lo desconocido. Como sea que Charlie tenga o no razón, la puerta hacia los muertos que no es lo mismo que hacia la muerte, esta última solo la abren los vivos, se abrió ante mí y lo más extraño era que la puerta se abrió hacia los gritos de la muchedumbre. Caminé unos pasos por un sendero de cemento separado del pasto bastante crecido solo por una cerquita de hierros negros, hacia un mausoleo de altas columnas. Adentro la muchedumbre apedreaba a un hombre viejo vestido con túnica de color naranja. Pelado, con barba y pelambre blancas..., viejo, muy viejo y cansado, profundas arrugas transversales cruzaban su frente, sus facies hipocráticas revelaban en él... nada menos que a Hipócrates. Hipócrates, nacido en la isla de Cos algunos siglos antes de Cristo. Padre reconocido, si los hay, de la moderna medicina. Cosa extraña esta si se tiene en cuenta que, según cuenta a quien le crea, Sorano de Éfeso –el padre de Hipócrates– era también médico. Es decir: el padre de la medicina tenía un padre médico. En fin..., ese anciano decrepito y abucheador era nada menos que Hipócrates, autor de los 52 libros del *Corpus hippocraticum*, una especie de *Manual Merck* antiguo.

¹ Es obligado decir para evitar herir susceptibilidades que “cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia”. Además ya se sabe que las alucinaciones son solo eso..., tal vez solo sueños despiertos.

Más viejo y más blando que en las estatuas, aunque muy parecido a ellas excepto por el detalle de que las estatuas carecen de lacrimales e Hipócrates lloraba, lo cual es lógico si se tiene en cuenta la lluvia de piedras, latas de gaseosas y aun excrementos que eran arrojados sobre el anciano. Solo entonces reparé en la muchedumbre. Esta se dividía en grupos; ya se sabe que, por afinidades, por espanto —como diría Charlie que dijo Borges— o solo para defenderse, los seres se agrupan en corporaciones. La muerte no existe en el inconsciente y seguro que la soledad tampoco; lo voy a anotar para decírselo a Charlie. Me llamaron la atención los niños, miles de ellos, bebés que gateaban babosos y lloricones, como si al no poder apedrear a Hipócrates, quisieran aturdirlo con sus alaridos y marearlo con sus hedores. Miles de ellos, solo acarreado el haber nacido. Algunos nacidos normales pero no deseados, con un extraño agujero en el centro de su pecho, el abandono deja un gran vacío. Otros normales también pero llevando el estigma de haber sido procreados en acto de violación. Otros portando severos defectos, acarreado el haber tenido que nacer y, dada su etérea consistencia, seguramente nacidos para al poco tiempo morir. Sin cerebro, muchos, mostrando una horrible cicatriz donde debería haber estado el cráneo.

Detrás de Hipócrates un grupo de jóvenes cuerpos vestían guardapolvo médico y una extraña cinta negra en el brazo. La edad de aquellos cuerpos delataba el inicio de la profesión, y sus pulmones recitaban al unísono:

—“...no administraré a la mujer supositorios para provocarle aborto...”

Hipócrates, agobiado, más viejo aún que sus años, se dio vuelta lentamente al escuchar aquellas palabras.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. ¿Qué buscan de mí en este aciago momento? ¿Cuál es su relación con tan iracundas multitudes? ¿Acaso no reconocen en mí más de 2000 años de historia de la medicina?

—Somos los médicos del futuro —dijeron los jóvenes—. Tus más de 2000 años de historia de la medicina son el luto que exhiben nuestros brazos ante el legado de tus enseñanzas. Se te acusa de haber corrompido a generaciones de médicos que, obligados desde el inicio a un juramento hipócrita, se han ocupado más de la vida abstracta, de la corporación a la que has pertenecido y al culto a Dios y dioses, que de las personas, de cuya dignidad y derechos al bien nacer, bien vivir y bien morir hace tiempo, si alguna vez lo han hecho, se han olvidado. ¿No reconoces, Hipócrates, en este nuestro recitar, tu juramento? ¿Ignoras acaso que en tu condena al aborto has producido más daño que bien al condenar a vivir a aquellos a quienes la vida no quiso y se empeñó en cobrarles la afrenta?

—No sé —dijo el anciano— de qué juramento hablan..., no lo recuerdo. Veinticuatro siglos no son poca cosa y el tiempo ha hecho estragos en mis recuerdos. Además, prosi-

guí como animado de repente, no se les ha dicho que de la historia poco confiar se debe, ya que empresa de hombres, mal de hombres porta. Intereses y necesidades, bajos deseos, odios, amores y venganzas. ¿Quién en la historia puede creer? Más aún si tantos siglos han borrado o malversado algunas huellas del pasado. Empero, dicen ser los médicos del futuro; pero sus túnicas no lo delatan. Y sus rostros ¿dónde están?

Otra vez al unísono los cuerpos respondieron:

—No te fíes de túnicas que, ya sabes, “...el hábito no hace al caso...” y nuestros rostros aún no han nacido. El futuro no contiene rostro..., aunque a veces es un inmenso cuerpo malparido en miles de inconexas matrices del pasado. —Vale..., acepto que lógica tiene aquello que ustedes dicen —respondió el anciano— el rostro aun más encendido y por un momento como si ignorase a las multitudes que en silencio asistían al singular diálogo entre pasado y futuro. Pero —prosiguió Hipócrates— hablemme de este supuesto juramento cuya autoría se me endilga y que, según ustedes, tanto mal u omisión ha generado.

— ¡Se omitió, sí! —gritó de entre la multitud un joven cuadriléjico portado en camilla por cuatro mujeres vestidas con transparentes velos—. Se omitió el darme una bella y digna muerte en nombre de los votos que esos que se dicen guardianes de la salud te han hecho.

Luego, recompuesto en sus cabales y dispuesto a escuchar el duelo atemporal, volvió, ya se sabe es un decir, el cuadriléjico a su lugar detrás de otros tantos tullidos como él.

Hipócrates no hizo caso a aquel reproche y prosiguió mirando en forma inquisitiva los galenos cuerpos. Adjetivo por supuesto para él desconocido: Galeno fue posterior a él. Los cuerpos recitaron:

—“Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente mi vida y mi profesión, honrado siempre entre los hombres...”. Acaso sea que por cumplir tu mandato en unos casos los hombres nos han hecho blanco de su odio..., más aún hemos sido deshonrados ya que ni entre los santos, si entre nosotros los hubiera, existen seres capaces de cumplir en cada término lo jurado. De la vida no hemos hecho gozo entre nosotros..., ni gozar de la vida a los enfermos hemos hecho.

Se acercó arrastrándose hasta el grupo un par de decrepitas mujeres.

—Somos hermanas —dijo una de ellas.

—Separadas cruelmente por ustedes —dijo la otra a los médicos— en nombre de este que se dice ha sido su ejemplo. Más pálido aún se tornó el rostro de Hipócrates, acaso reconociendo crimen y víctimas.

—Justo es reconocer —dijo el anciano en un murmullo— que a ustedes las conozco. Mortis, contigo jamás me he conciliado —dijo dirigiéndose a la más anciana de las damas—. Ya se sabe que la muerte es cosa antigua. Vita —se

dirigió luego Hipócrates a la más joven— más que a Higeia y Panacea te he cuidado y si por hacerlo de tu hermana te he escindido, ya lo ves lo estoy pagando, que morir en paz no se me ha dado y vagando por los siglos me he quedado... Ya no pudo el viejo articular palabra. Nuevos grupos se acercaban vociferando. Viejos y viejas con cuerpos surcados por heridas y en cuyas bocas germinaban tubos de plástico, interminables como la agonía de esos cuerpos; jóvenes víctimas de virulentas transfusiones; cancerosos en cuyos cuerpos todo tipo de venenos fueron probados; desposeídos por indignos usureros que de su mal hicieron vil negocio; locos o simplemente tristes hombres arrasando largas cadenas... Miles..., millones de seres padecientes. Los más que tan solo quizás una palabra, una caricia o un beso, solo eso, solo un acompañar en el final habían deseado y no ser arena estéril de arrogantes batallas que han sostenido otros seres que hace tiempo de Apolo y Esculapio se han vestido con la mayor de las verdades.

¿Qué verdad es esta? Tal vez la única e inevitable: Mortis y Vita son hermanas muy unidas. No se puede honrar a una sin amar al mismo tiempo a su siamesa.

La noche ya estaba cayendo sobre Recoleta y esa oscuridad sin luna deslizó una especie de cortina entre mis ojos y la escena.

Ya nada más vi y tan solo logré oír las voces que detrás de mí anencefálicos seres murmuraban... “Hipócrates..., somos nosotros aquellos que a nacer fuimos condenados...”

En la puerta del consultorio Ana me miraba más desorbitada que de costumbre. Habrá notado en mí el olor de los muertos, pensé. Aunque rápidamente deseché la idea. Los muertos no huelen...

Buenos Aires, noche de julio de 2007